

José, hombre de fe

Sor Alaitz Eguizabal, O.P.
San Sebastián

Seguro que al leer el título de este artículo, la mayoría pensaréis que voy a escribir sobre San José, pues no, voy a escribir sobre mi padre, que falleció el 1 de julio con un cáncer de páncreas a los 69 años, se llamaba también José y era hombre de fe.

Ha sido un gran regalo del Señor el poder vivir de cerca su enfermedad y los últimos días de su vida a su lado, por eso quisiera compartir con todas esta alegría vivida en medio del sufrimiento. Los meses anteriores de saber lo que tenía, sufrió mucho. Perdió peso, tenía molestias y dolores continuos, pasaba las noches en la cocina porque no podía estar en la cama. Le estaban haciendo pruebas pero no daban con lo que tenía, hasta que un día escupió sangre, fue a urgencia y es cuando se le declaró la enfermedad.

En junio del año pasado le diagnosticaron el cáncer, pero le dijeron que no podían operarle y lo único que se podía hacer era aprender a convivir con la enfermedad. Mi padre, desde el primer momento lo aceptó con naturalidad, sencillez, paz y fe. Decía que le hubiese gustado poder vivir unos años más, para ver crecer y ayudar a los nietos y a la familia, pero, si le había llegado la hora, pues, misión cumplida, que aquí estamos de paso y que cuando el Señor nos llama es el mejor momento. Al médico le preguntó

cuánto iba a vivir, porque él quería prepararse bien para morir. Le dijo que eso nadie lo sabe. Mi padre, hizo una buena confesión, recibió la unción de los enfermos y tenía ilusión para despedirse de todos y sacarse fotografías con la familia. Le dio tiempo para todo durante un año que el Señor le regaló de vida.



Enseguida le empezaron a dar quimioterapia y al principio lo toleraba bastante bien, incluso le dijeron que se le redujo el tumor, pero más adelante se le extendió por los intestinos, la columna... y ya dejaron de ponerle el tratamiento, ya que en vez de bien, le hacía mal, porque cada vez estaba más débil. Los últimos meses le sacaban del vientre unos 5 litros de media de líquido todas las semanas. Decía que le tendrían que ponerle algún molino en el vientre para tantas aguas..., en fin, era un chiste continuo.



Mes y medio antes de morir vino a visitarme por última vez y a despedirse de las monjas hasta el cielo. A la semana siguiente hizo su última hazaña en el monte.

Cogió el tractor para trasladarse hasta donde tenía unos troncos de pino y estrenó una moto sierra



nueva que compró que era pequeña y de poco peso, cortando leña. Mi madre estaba siempre de miedo, porque no tenía equilibrio, estaba muy débil y delgado y en alguna otra ocasión se había caído al suelo. Pero él era así, mientras podía no se rendía. La última vez que cogió el coche para ir a Misa un domingo, le dijo a mi hermano que casi se tuvo que quedar en el coche porque por mucho que se esforzaba e intentaba no podía salir, al final pudo salir. Un mes antes estuvo unos días ingresado en el hospital. Uno de los compañeros que tuvo era muy simpático y los dos se lo pasaron en grande. Cuando se despidieron, mi padre le dijo: "lo tuyo es para sufrir pero para vivir y lo mío es para aliviar pero, ¡clac!" (dijo poniendo el dedo pulgar para abajo)

Al final perdió de tal manera las fuerzas que no podía darse la vuelta en la cama, le pesaban las sábanas y todo, pero no perdió el humor hasta el último momento. Dijo unos días antes de morir, que cuando estuviese en la agonía que iba a decir alguna broma para morirse riendo y para hacer reír. No pudo ser así, porque no tenía fuerzas para hablar. Nos dijo que para el entierro que cogiésemos la caja más barata y que a él no le incineráramos, porque como le quemasen, bajaría del cielo y dejaría tiesos a los que le quemaron. También dijo que no lloráramos demasiado, que un poco que sí, que es normal, pero que siguiéramos viviendo la vida con normalidad y felices como siempre, porque él se iba al cielo. Cuando una de las veces que mi madre le acompañaba al baño, se cruzó con mi cuñada en el pasillo, le dijo: "no mires, que no vas a ver nada ¿has traído las gafas de aumento?" Así hacía bromas de su extremada delgadez. Otro día cuando estaba hablando con mi cuñada, ella le dijo que Dios sabía lo que nos conviene porque El sabe más que nosotros y mi padre le contestó que Dios no sabe más que nosotros, que El sabe todo.



Para mí fue impresionante ver a mis padres juntos estos momentos. Mi madre se deshizo en atenciones. Todo le parecía poco para darle gusto. Unos días antes de

morir, le cambió la correa del reloj, porque le molestaba (yo pensé, que lo lógico era decir que no necesitaba el reloj en la pulsera, que mirara el despertador para ver la hora, y ya está, pero el amor va más allá que la razón humana). Le compraba y le preparaba todo lo que le apetecía para comer, que eran cosas sencillas pero muchas veces no tenía mi madre en casa y al día siguiente las compraba. Le encantaba la tocineta bien frita y un día cuando estaba comiendo dijo: “¡jjo! cualquiera que me vea, aquí, casi en la agonía y comiendo esto.” Había momentos que daba la impresión de que se sentía un poco incomprendido porque comentaba: “vosotros no tenéis ni idea de lo que es esto, para saberlo hay que tenerlo”. De vez en cuando no le entendía lo que me quería decir y como le costaba andar repitiendo me decía: “tú tienes que ir otra vez a la escuela porque no me entiendes nada.”

Todas las semanas el párroco le hacía una visita y le llevaba la comunión y se ponía muy contento. Un día dijo que tenía mucha paz, que estaba en paz con Dios, consigo mismo y con todo el mundo, que no tenía nada contra nadie. Murió pacificado con su pasado, presente y futuro. Perdió el miedo, a la vida, a la enfermedad, a la muerte. Y todo esto la gente lo percibía, porque cuando estuvimos en el tanatorio, bastantes personas me comentaron que con qué naturalidad vivió su enfermedad. Siempre preguntaba que cuánto le quedaba de vida, a lo que los médicos respondían que eso nadie lo sabe. El día que murió le dije que la doctora había dicho que en cualquier momento se iba ir al cielo y me respondió: “bien”. Un poco más tarde me dijo: “estoy muy bien”.



Hacia las dos de la tarde vino mi hermano con mi cuñada y los 6 sobrinitos, porque mi madre le comentó que era mejor que no trajera a los niños para que no le molestasen a mi padre, pero ellos querían ver al abuelo y sobre todo querían despedirse de él. Todos uno a uno le dieron un beso a lo que mi padre respondió con un “muchas gracias” a cada uno. Hacia las 3 y media llamó mi hermana carmelita que está en el convento de Duruelo (Avila), le dijo por tres veces un sí muy débil. Y ya no habló más. Le empezó un sudor frío y nos dimos cuenta que ya se moría. Yo le cogí de una mano, mi madre de la otra y mi hermano se puso a sus pies. Así, mientras le decíamos oraciones y hablábamos con él diciéndole que ya en el cielo le estaban esperando, nos dejó santamente. Ni nos dimos cuenta en qué momento murió, todo transcurrió en medio de mucha paz.

El día anterior cuando una tía le preguntó cómo estaba, él contestó que estaba entre el purgatorio y el cielo. Ella le dijo que cuando fuera al cielo se acordara de nosotros a lo que él le respondió que sí que se acordará de todos y que para todos va a hacer sitio. Ahora desde Allí está intercediendo por todos. En su nombre, en nombre de mi madre, de mi abuela y de toda la familia, os agradezco por tantas oraciones, porque ellos siempre han agradecido mucho el recuerdo de las monjas ante el Señor. Terminó con unas líneas de su



última carta que me escribió. Aunque su modo de expresarse no sea muy correcto, he querido ponerlo tal cual, porque tiene su gracia:

“A mi gran hija Sor Alaitz con todo cariño y de todo corazón. He pensado escribirte esta carta, porque muchas veces se olvidan las palabras pero lo escrito ahí está para muchos años y te escribo en castellano para que sepáis todas lo que pongo, aunque no tenga mucha importancia. Ya sabéis que tengo muy mala enfermedad y muy difícil para curarlo, solo sabe Dios hasta cuándo me va a tener aquí, yo no creo que seré para mucho tiempo, solo espero un milagro, porque estáis rezando todos por mí, por eso tengo esa pequeña esperanza. Muchas gracias a todas, os agradezco de todo corazón, ya sabéis, vosotras, tú y yo, somos uno de corazón, como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, igual no estoy demostrando mucho pero os quiero mucho.

Animo y adelante, vivir bien, muchos recuerdos y un fuertísimo abrazo para todas, si Dios quiere ya nos estaremos en adelante, sino que seamos para juntar en el cielo. Agur. Tu padre. José. Seguid viviendo con Jesús hasta la muerte. Agur, hasta el “gran día”.

No me resisto a escribir estas otras líneas que son geniales:

“Y la ¿moda? El modelo que lleváis vosotras siempre está de moda, a ver cuántos años lleváis con el mismo vestido y ahora también como el primer día, cuando vais por las calles toda la gente se fija en vosotras, con el mismo modelo, tipo y color, eso es verdadero modelo y moda.”

Todas vuestras hermanas de San Sebastián os abrazan y os desean una felicísima Navidad y santo año 2015.

